

[INCENDIOS]

I

—¡**EL** rey ha vuelto! —El rumor se propaga junto al aire y las voces de quienes se encargan de esparcirlo para que, en tan solo unos instantes, la comitiva de recibimiento esté lista para brindarle la bienvenida al rey.

Una fila de sirvientes se extiende desde la entrada del castillo hasta el final del jardín helado, justo donde el carruaje se detiene y todos se postran en alabanza hacia él; todos con el aliento contenido y miradas que mantienen bajas en señal de sumisión; todos con sutiles sentimientos de extrañeza, de que hay algo fuera de lugar cuando el rey desciende acompañado por su única compañía: una joven doncella que funge como su sirvienta personal. No obstante, nadie se atreve a preguntar ni a juzgarlo, a siquiera dedicarle una sola mirada de sospecha: es la palabra del rey la única que debe importarles, aun si esta es mentira para todos los demás.

El cabello casi rojizo del gobernante resplandece bajo una corona de oro que no solo esclarece su estatus, sino que lo enaltece ante todo aquel que pueda ponerle los ojos encima. Su cuerpo

es protegido del frío por un abrigo de piel de la mejor calidad, por telas finas y aterciopeladas que solo él y su majestad tienen el derecho de portar. Las joyas preciosas también lo envuelven, desde su corona hasta los propios adornos de la capa, mismas que acentúan la belleza rubescente de sus facciones, el propio brillo amielado de esos ojos que parecen en continuo incendio.

Al final de la comitiva, Auror, el consejero principal de su majestad, espera por él y se inclina también para su recibimiento. Después del saludo, de decir «Bienvenido de vuelta, alteza», lo sigue unos cuantos pasos atrás, al mismo nivel que la doncella, por el camino que el rey hace dentro del castillo. Anís nota como los ojos del consejero son fieros hacia él, como es el único quien se atreve a darles cabida a esos sentimientos raros que parece inspirarles a todos los demás.

—¿Cómo fue su viaje, alteza? —pregunta el consejero, más por obligación que por un sincero interés.

Anís se detiene ante estas palabras y le dedica una mirada pesada, analizadora. Después sonrío como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Ha sido un viaje maravilloso. Siempre es reconfortante volver al lugar que me vio nacer. —El rey contiene una risa para sí mientras nota como Auror entrecierra los ojos y trata de sonreír en respuesta—. ¿Dónde se encuentra su majestad? —cuestiona Anís tras reanudar sus pasos.

—En la sala del trono, alteza, esperando por usted.

Es la misma conversación que ambos tienen cada vez que Anís regresa de uno de sus viajes: son las mismas preguntas, las mismas respuestas, pero la sensación de sospecha en Auror aumenta con cada reunión, con cada palabra. El consejero, sin embargo, no tiene otra opción más que cumplir con su deber y acompañar al rey hasta el lugar que le ha indicado.

Ante las puertas, los pasos de Anís abandonan a los del consejero y su sirvienta, quienes deben esperar por él fuera de la sala. Adentro, un hombre aguarda en el trono: de contextura fornida y

cabellos castaños sujetos en una coleta. Todo es soledad alrededor suyo, pero se sobrepone a la intimidación que nace entre los dos reyes mientras se observan y se sonríen por primera vez en un par de días.

Tan parecidos en las telas que los abrigan, en la cantidad de piedras preciosas que adornan cada una de sus prendas, pero tan diferentes en esos orbes que estallan de modos muy distintos: Anís es un incendio eterno; Verant, un mar bravo que se estrella ante su presencia. Y, justo así, se conjugan para apagarse y encenderse mucho más potentes que antes.

Anís se tienta en perder su solemnidad para correr hasta él, hasta esos brazos en los cuales podría enredarse una vida entera sin que sea suficiente; pero prefiere mantenerla, caminar con pasos lentos y apenas perceptibles hasta su majestad mientras este lo detalla con la mirada y observa con atención su rostro y sus facciones, la figura pequeña que le provoca proteger y esa belleza exótica que le parece el delirio mismo.

Cuando Anís está lo suficientemente cerca, Verant extiende los brazos en su dirección, deseoso y desesperado por que deje de jugar y pueda recibirlo como se merece, pero él se detiene justo en el punto crítico y se postra frente suyo como lo haría cualquier súbdito: es un rey haciendo reverencia ante otro.

—No deberías postrarte ante nadie más —Verant le anuncia con una sonrisa cálida, una que nadie esperaría que ese hombre de hielo le pudiera dedicar a otro ser humano.

—Solo ante usted, su majestad, porque mi amor está postrado al suyo.

Verant no puede resistir esas palabras, ese gesto humilde y devoto hacia él y hacia su amor. Se levanta del trono y camina en dirección a Anís para poder sostener su barbilla y hacer que lo mire mientras sus dedos helados acarician las mejillas ardientes del otro. La piel de Anís siempre es tan cálida que contrarresta deliciosamente con su toque. De esa forma sucede con sus labios, los cuales terminan por unirse entre sí en una colisión de temperaturas.

—Bienvenido, amor mío.

II

Fue un matrimonio arreglado en pos de resolver los conflictos de una guerra que duró casi diez años. Más que las pérdidas humanas, ambos reinos implicados comenzaron a resentir la disminución de sus riquezas y se dieron cuenta de que era absurdo continuar cuando, en primer lugar, todo había comenzado por un simple malentendido. ¿Pero cómo hacerlo sin que ninguno de los dos reinos tuviera que ceder ante el otro?

La idea nació de la mismísima reina Irina, soberana de las tierras de Rossíya. La guerra la había devastado de tal forma, sobre todo tras el fallecimiento del rey, que presentía su propia muerte muy cerca. Lo único que ella deseaba antes de que eso ocurriera era ver al príncipe Verant desposar a alguien para que pudiera asumir el trono tras su ausencia. Sin embargo, gracias al temperamento apático de su hijo, que bien podía ser cautivador y desinteresado a niveles similares, nunca hubo ninguna doncella que pudiera complacerlo al grado en que estuviera dispuesto a sentar cabeza. Le había dado la oportunidad de seleccionar a quien lo acompañaría por el resto de sus días, pero al ver su antipatía frente al asunto, supo que solo quedaba volverlo un deber real para él e imponerle a alguien sin aceptar un «no» por respuesta.

Conocía ya a la princesa de Zeevanvur, el reino contra el cual habían librado dicha guerra, y sabía que ella era una candidata idónea. No tanto para su hijo, sino para su propio reino. La princesa era una mujer con un temple de acero, con una fiereza digna de cualquier soberana, y estaba segura de que podría guiar a su gente a tiempos más prósperos. Un acuerdo matrimonial era la mejor excusa para subsanar los años de guerra y enemistad, una excusa que los súbditos de ambas tierras aceptarían sin oposición, incluso con alegría. La princesa pasaría a gobernar Rossíya junto con Verant sin que esto afectara el estatus de su tierra de origen, pues ella era la segunda del linaje y su hermano mayor pronto sería coronado para gobernar Zeevanvur. Verant no se opuso al enlace pues, pese a todo, él amaba a su madre y estuvo dispuesto a cumplir su último deseo.

Con el trato pactado, la caravana de bienvenida se realizó casi de inmediato. Verant esperó junto a su madre, al lado del trono, pero ciertamente lo que vio llegar no era para nada lo que esperaba: un chico de cabello castaño rojizo y ojos miel captó no solo su atención, sino la de todos los cortesanos presentes. Era la primera vez que todos ellos, incluyéndolo, veían unas facciones tan inusuales y extrañamente atrayentes. Ninguno pudo quitarle la mirada de encima mientras la incomodidad se expandía por el pecho de todos.

Verant se sintió así en un primer instante, como si fuera forzado a mantener su atención en el chico aunque no lo quisiera. Experimentó algo de miedo por ese sentimiento intenso y se tentó a protestar por primera vez ante la idea de desposarse; mas, cuando el joven príncipe, con toda la humildad posible, se inclinó ante él mientras le ofrecía un anillo dorado como muestra y obsequio de su enlace, su sentir cambió de un momento a otro. De ese desagrado surgió algo de familiaridad, como si estuviera reencontrándose con un viejo conocido a quien le tenía cariño y extrañaba sin saber. Su belleza exótica, y algo inusual a la que Verant esperaba, le atrajo desde el primer instante en que esos ojos que parecían arder se posaron en los suyos. Más que peligro, le inspiraron un calor agradable, un fuego interno que lo hizo sentirse complacido con la idea de apagar esos incendios con sus mares.

Con una sonrisa sobre sus labios, una que ninguno de sus súbditos había visto hasta entonces, caminó hasta el príncipe, tomó el anillo con el cual adornó su dedo de inmediato y después besó la mano del chico al mismo tiempo que lo llamaba con ternura «Mi prometido».

Nadie cuestionó la decisión que Verant tomó al desposarlo. La ceremonia de enlace se llevó a cabo solo dos días después, sin que los soberanos de Zeevanvur los honraran con su presencia. Pero eso no importó, ni a Verant ni mucho menos a Anís, quienes frente a un altar deslumbrante repleto de cristal se miraron con una adoración que pareció nacida de la nada, pero que en el

centro de sus corazones era tan real, tan palpable, que todos los presentes pudieron experimentarla de la misma manera.

III

El rey siempre realiza un viaje al reino de Zeevanvur en vísperas de luna llena. Por supuesto, nadie nota ese minúsculo detalle a excepción de Auror. Las primeras ocasiones simplemente lo encontraba curioso, pero no fue nada que trascendiera más allá de su interés. No obstante, conforme los viajes se han vuelto frecuentes, y más al notar la extraña forma en cómo él los realiza, la sospecha aborda su pecho y ha sido imposible sacarla de ahí. Resulta llamativo que el rey solo permita que su joven sirvienta lo acompañe, misma que llegó junto con él a Rossiya y que, desde entonces, permanece casi siempre a su lado.

Más de alguna vez, Auror ha tratado de indagar un poco con el propio rey Anís: conocer cuáles son sus razones de realizar ese viaje en específico, en las mismas épocas del año y sin mayor compañía que aquella mujer, pero nunca ha recibido una respuesta que le sea satisfactoria. Además, ha intentado en varias ocasiones convencerlo de que tome algunos guardias para que velen por su seguridad durante cada uno de sus viajes, pero el rey siempre se niega a ello y alega que es innecesario para un viaje de apenas unos días, y que allá, en sus tierras, obtiene guardias que le procuran esa seguridad.

Con cada respuesta negativa, Auror siente que la sospecha crece dentro suyo y su inquietud ante eso que proviene del rey se incrementa de igual forma. Sin sentirse convencido con las frágiles respuestas que el soberano le ha otorgado, intenta obtener información por otros medios.

En una de las pocas veces en que el rey se separa de su sirvienta para pasar el tiempo en los aposentos de su majestad, Auror aprovecha para acercarse a ella y entablar una conversación que pueda llevar a los rumbos que desea; pero, apenas se encuentra frente a frente con esa joven, es incapaz de pronunciar palabra alguna

delante de ella. No solo porque su imagen le genera una tenue sensación de reconocimiento que no puede terminar de formar, sino porque le aterra notar con tanto detalle como, detrás de los cristales verdes de su mirada, no hay profundidad, no hay luz, solo un gran vacío y completa ausencia de humanidad.

IV

Una noche cada vez, unos minutos, unas horas, el tiempo no es importante cuando ambos permanecen juntos en la misma habitación, cubiertos por una intimidad que les permite ser ellos, ser amantes, perder cada gramo de solemnidad y entregarse todo eso que se les amontona bajo la piel, bajo sus disfraces llenos de gemas brillantes, estatus y riquezas.

Mientras allá afuera los súbditos los ven como seres divinos e inalcanzables, cuyo honor de una mirada es mucho más de lo que puedan merecer, entre ellos se sienten más humanos y terrenales, en especial cuando se desnudan, cuando se observan de la forma más vulnerable que les es posible, con el cuerpo ardiendo y necesitado de más que un simple roce, con una mirada que se carcome en ansias y unas manos de fuego y hielo que se extinguen entre sí.

Una noche cada vez, sin contar las ocasiones, sin contar los besos o mordiscos con los cuales se decoran la piel, con los cuales reaprenden cómo es eso de amar y ser amado, cómo es eso de entregarse sin inhibiciones, sin consciencia más allá de aquella que les guía la mente y el corazón. Así como ellos son sin investiduras, danzan sus cuerpos desnudos; así se aprecian dos miradas con devoción y calor; así cantan dos voces altas y entrecortadas en un dejo maniático de placer y delicia; así se hunden dos almas, una dentro de la otra, hasta volverse solo carne y sensación, hasta ser solo amor y deseo.

—Te amo...

El sentimiento es tan real que pudiera estallarles en el pecho... Y lo hace, un millón de explosiones que revientan como pequeñas burbujas de jabón, desde sus entrañas, desde el calor sofo-

cante con el que uno envuelve al otro. Cientos de veces pueden repetirlo, sobre todo cuando, más allá de la satisfacción, queda goce, placer, éxtasis y sus cuerpos hechos trizas, pero más completos que nunca antes.

V

Auror lo sabe... ¡y vaya que lo sabe!, pero aun así se atreve a intentarlo, a recurrir a quien se ha convertido en una de sus últimas opciones.

Tras postrarse ante el trono de su majestad Verant, se atreve a confesarle sus sospechas sobre el rey Anís, a darle un recuento de todo aquello que debería ser de extrañeza. De todo lo que teme que ocurra tras sus palabras, lo más probable le cae encima como un torrente de hielo: su majestad no le cree... O, más que eso, minimiza todas las incoherencias que albergan las acciones del rey.

—A vuestra alteza le gusta ese momento para viajar, no hay nada impropio en ello. Y concuerdo con su petición de que solo su sirvienta lo acompañe, entre menos llamativos sean sus recorridos será mejor para todos.

A Auror no le sorprende la respuesta, pero sí la espléndida sonrisa que su majestad deja escapar tras ella. Después de un par de años de servirle como su consejero oficial, ha aprendido a distinguir la indiferencia detrás de esas sonrisas frías que pretenden parecer cautivadoras; pero la de ese momento es tan cálida, tan profunda e intensa, que puede percibir el genuino afecto que su majestad tiene hacia el rey.

Más que todo eso sea un alivio, una alegría que le inspire lo complacido que su majestad se encuentra con el enlace, todo se vuelve más angustiante para Auror, más fuera de lugar y extraño. Sabe que hay algo oculto tras los ojos llameantes del rey, tras esa sonrisa que le dedica cada vez que se encuentran y que parece contener un gesto de burla hacia él, como si lo creyera demasiado idiota para no ser capaz de descubrir su secreto.

VI

En vísperas de luna llena, el rey Anís prepara un nuevo viaje.

Justo como suele ser el recibimiento, es despedido entre una comitiva de sirvientes que se inclinan ante su paso y no se atreven a devolverle ni una sola mirada. Auror lo acompaña hasta su carruaje en silencio, tratando de mantenerse sereno pese a que, dentro suyo, todo está a punto de reventar.

Mientras el rey sube, su sirvienta espera al lado de la puerta. Ahí, Auror vuelve a encontrar su mirada por segunda vez. Un escalofrío le brota desde la espalda cuando repara en aquellos cristales verdes un efímero destello de luz, de auxilio y desesperación.

—Anill.

Pero todo esto se apaga, desaparece al instante en que el rey la llama para que suba también.

Todo resulta tan fugaz que apenas Auror reacciona cuando el carruaje se ha alejado de su vista. Si momentos antes había dudado de su plan, temeroso de las consecuencias si erraba en sus sospechas y era descubierto, ese pequeño incidente, que para cualquiera hubiera sido insignificante, representa para él el último empujón que le hacía falta para atreverse.

Mientras los sirvientes se distribuyen y vuelven a sus labores, Auror se apresura para montar uno de los caballos de su majestad y seguir el carruaje. No le toma mucho alcanzarlo, especialmente porque tiene la precaución de seguir su recorrido a una distancia prudente donde no lo pierde de vista, pero tampoco su presencia es perceptible para el rey.

En un principio todo parece ser correcto, el carruaje se enfila por el camino principal a Zeevanvur, pero justo al anochecer del segundo día, cuando poca distancia los separa del reino vecino, los caballos que halan de la carroza se desvían a una parte del bosque donde es imposible que puedan pasar. Auror, a la distancia, con los últimos rayos del sol a punto de desvanecerse, ve al rey descender sin nada de todo aquello que denota su estatus: la corona, el abrigo fino, la capa llena de incrustaciones preciosas. De esa forma, junto con su sirvienta, se sumerge en las entrañas del bosque.

El consejero baja también de su caballo y se da prisa para seguir al rey antes de que pueda perderlo de vista. Por supuesto, su pecho es una inmensa agitación y, según avanza, se llena del presentimiento insano de que nada de eso está bien y que todo puede resultar mucho peor de lo que imagina.

Conforme parece acercarse al destino del rey y distingue su figura desapareciendo y reapareciendo entre ramas y troncos de inmensos árboles, Auror se siente más agitado, aprisionado con el propio temor y la angustia que le sacuden el corazón. Sabe que, si continúa, podrá descubrir el más grande secreto que oculta el rey, y justamente por eso está cada vez más inquieto, más inseguro de lo que hace. ¿Será capaz de soportar la verdad cuando la tenga justo enfrente?

El recorrido se termina en una cabaña solitaria oculta en el bosque y que, en principio, parece abandonada, pero en la cual el rey y su sirvienta se adentran como si se tratara de su propio hogar. Unos momentos de quietud, de duda, de confusión, hasta que Auror, desde fuera, distingue lo que parece la luz de una vela que recorre el interior de la cabaña. Entiende que debe acercarse para saber qué ocurre dentro, pero el arbusto en el cual se oculta le brinda una seguridad que no desea abandonar todavía. Se siente tonto, ¿tanto riesgo ha pasado para permanecer temeroso a muy pocos metros de descubrirlo? Pero hay algo que no lo deja actuar, y que no solo se debe al propio temor que lo invade, sino al sentido de que todo está desencajado, de que hay algo sobre ese lugar, sobre esa presencia que impera en el sitio, que debería recordar y saber a la perfección.

Las puertas de la cabaña se abren. La primera en salir es la sirvienta, quien carga en sus brazos algunos leños; la sigue de cerca el rey, cuya expresión le es ajena a Auror desde la distancia. Sin embargo, hay algo que no le pasa desapercibido y que incluso le genera un sabor rancio en la boca, muy parecido a las náuseas: sobre la mano del rey hay una llama encendida que no se encuentra anclada a ninguna vela o algo similar, sino que se mantiene

suspendida en la nada, flotando como si la propia palma del soberano exhalara esas llamas provenientes del mismo infierno.

Auror no es capaz de comprender nada de lo que sucede mientras todo lo que se forja frente a sus ojos ocurre con tal rapidez que apenas puede seguirlo en su cabeza: cómo la sirvienta coloca en el suelo los leños, justo donde la luna llena se postra también y crea una figura extraña y amorfa; cómo el rey, una vez listo, se acerca y vierte sobre ellos el fuego latente de su palma, mismo que destila como si fuera agua. Mientras el fuego se expande y se consume sobre la madera, el rey recita unas palabras que le resultan incomprensibles a Auror, pero que le permiten comprender algo de lo mucho que sucede.

Aún sin terminar de recitar el hechizo, el rey extrae de su dedo el anillo dorado, la muestra absoluta de su enlace con su majestad, y lo deja caer dentro de la fogata que se ha formado. Las llamas envuelven la sortija, pero no de la forma en que Auror hubiera esperado que sucediera: el anillo levita y, en lugar de ser atacado por el fuego, lo acepta para después absorberlo dentro suyo, para atrapararlo hasta que toda luz rojiza que lo rodea se extinga por completo.

El consejero, atónito, es incapaz de reaccionar. Sin embargo, no es la revelación lo que más lo perturba, es el recuerdo, el conocimiento que había sido arrancado de su cabeza, pero que ahora ha emergido de nuevo en su consciencia más externa: el rumor, la leyenda, todo lo que se ha dicho y se sigue diciendo sobre la existencia de un par de brujos malvados ocultos en las entrañas del bosque que rodea a Zeevanvur.

No necesita hacerse más preguntas, todo es tan claro que duele.

VII

Anís siempre se sintió solo, siempre lo estuvo; apenas unos cuantos años de compañía y crianza por una mujer que, más que amor, procuró brindarle todas las herramientas necesarias para que pudiera sobrevivir en un mundo que nunca lo entendería.